

Un eufemismo inconveniente

Diego de la Torre
Empresario*



El Perú ha avanzado mucho en varios indicadores, tanto económicos como sociales, que le han permitido alcanzar el grado de inversión e insertarse exitosamente en la economía global. La pobreza ha sido reducida del 48% al 34% y la gimnasia democrática de los últimos años ha genera-

do una sana presión en los políticos e instituciones para que se modernicen y empiecen a tener objetivos claros y medibles.

Sin embargo, hay un indicador que todavía se muestra desafiante. Me refiero al endémico fenómeno de la informalidad. Creo que ya es hora de que los políticos tomen más en serio este tema y que se pongan una meta clara para reducirla. Del mismo modo en que

el presidente García puso la meta de reducir la pobreza al 30% para el 2011, es indispensable que el próximo gobierno fije una meta de reducción de la informalidad para el 2016. Es vergonzoso que el 50% de nuestra economía se maneje en la ilegalidad, con mercados negros corruptos, poco eficientes y no regulados. Si queremos seguir progresando, hay que hacer una cruzada nacional para vencer a este flagelo

que literalmente roba, estafa y mata a sus ciudadanos. Basta pensar en una medicina falsificada, un video pirata, una construcción sin licencia, una consulta médica no facturada y toda la gama de productos y servicios ofrecidos en estos mercados ilegales para darnos cuenta de los miles de millones de soles que el Estado pierde y el gravísimo daño que se hace a la integridad física y a la autoestima moral de los

peruanos.

La informalidad, ese perverso eufemismo elegante, no es otra cosa que una rama hedionda de la corrupción que ha tratado de ser perfumada irresponsablemente por algunos intelectuales y a la que debemos desterrar completamente de nuestra sociedad. Podemos explicar y entender el fenómeno, pero jamás debemos justificarlo. Debemos atacar sus causas como son la falta

de educación y un Estado burocrático sin mayor presencia. Debemos, además, promover los beneficios de la formalización, como lo son la posibilidad de participar en la economía global y el tener productos y servicios seguros y confiables. Para vencer la informalidad hay que incorporar también su dimensión cultural y ética. Es francamente inaceptable que en un colegio élite de Lima un profesor pregunte en una clase quiénes no compran videos piratas y que solo un alumno levante la mano. ■■■